

Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junio de 1944).*

Alessandro Portelli

Traducción: Virginia Sampietro**
y Lucía Abbattista***

Luto y sentido común

El 21 de Agosto de 1995 comencé a trabajar en el borrador de este ensayo. (1)

Ayer, por segunda vez en este mes, a pocos metros de mi casa, una mano anónima ha pintado una esvástica negra sobre la placa que conmemora a los “mártires de la Storta. En aquel lugar, en junio de 1944, en su retirada de Roma, los alemanes asesinaron a trece prisioneros, soldados y civiles (incluyendo a Bruno Buozzi, uno de los fundadores del movimiento sindical italiano). Pocas semanas después, la línea del frente alemán se fijaba en Arezzo.

El 29 de junio en Civitella Val di Chiana, un pequeño pueblo en las sierras cerca de Arezzo en Toscana, las tropas de ocupación alemanas ejecutaron a 115 civiles, todos ellos hombres. El mismo día, 58 personas, incluidas mujeres y niños, fueron asesinadas en la aldea cercana de La Cornia, y 39 en el pueblo de San Pancrazio. Aparentemente, estas acciones fueron realizadas en represalia al asesinato de tres alemanes en manos de los partisanos el 28 de junio en Civitella.

“Escuche un fuerte disparo, golpes de rifles en las puertas y gritos que daban órdenes. De repente nuestra puerta fue sacudida por un violento golpe. Cuando fui a abrir, dos alemanes ingresaron a la casa apuntándonos con los rifles; inspeccionaron cada cuarto y nos ordenaron salir. Abandoné con mis hijos el pueblo, acompañada por disparos y gritos. ¡Qué espectáculo más perturbador se desarrolló ante mis ojos! Muchos hombres ya eran cadáveres, empapados en su propia sangre; Las casas en llamas, mujeres y niños semidesnudos salían de sus hogares empujados por los alemanes. Nos refugiamos en los bosques, con otras mujeres, cuyos esposos, hermanos o padres habían sido asesinados”. (Anna Cetolini, viuda de Caldelli). (2)

Cuando llegamos a la plaza cerca de la iglesia, lo que vimos fue escalofriante. ¡Qué dolor! ¡Desde las puertas de las casas surgían filas de hombres masacrados! Era una verdadera matanza, por todas partes había restos de cerebros y sangre derramada. Las casas incendiadas comenzaron a derrumbarse, el polvo y el humo eran insoportables. Habían sido asesinados mi cuñado y uno de mis tíos. (Rina Caldelli, RB, 256-7)

[Al día siguiente] Junto con otras mujeres, entre gritos y llantos, volvimos al pueblo en búsqueda de nuestros esposos. Cuando llegamos a la plaza, hallamos sangre y sombreros tirados y dentro de las casas encontramos a nuestros seres queridos, en muy mal estado, todos ellos con disparos en la cabeza. A algunos de ellos les habían volado la cabeza. A nosotras, siendo mujeres, no sé quién nos dio el coraje para hacer todo lo que hicimos, todas juntas y ayudándonos las unas a las otras llevamos nuestros muertos a la iglesia. Después de hacerlo, no sabíamos dónde quedarnos porque el pueblo estaba en un estado terrible. Volvimos al bosque. Al día siguiente, juntamos coraje nuevamente, volvimos al pueblo todas juntas, ayudándonos entre todas, construimos los ataúdes, depositamos a los muertos y los cargamos hasta el cementerio. Allí cavamos sus tumbas, enterramos los féretros y echamos tierra sobre ellos. (Luicia Tippi, viuda de Falsetti, RB 286)

La masacre de Civitella Val di Chiana ha generado, como describe correctamente Giovanni Contini, una “memoria dividida”(3). Contini identifica, por un lado, a una memoria “oficial”, que conmemora la masacre como un episodio de la Resistencia, que asemeja a las víctimas con mártires caídos por la libertad; y por el otro, una memoria creada y sostenida por los sobrevivientes, viudas y niños, que se concentra principalmente en sus pérdidas y lutos particulares y compartidos. No solo esta memoria niega cualquier conexión con la Resistencia sino que además responsabiliza a los partisanos por causar, a raíz de un ataque irresponsable, la represalia alemana: “Hoy en día toda la culpa se hace a recaer sobre los alemanes... Pero nosotros culpamos a los partisanos porque si ellos no hubiesen hecho aquello esto no habría sucedido. Ellos mataron en represalia”. (M.C.). (4)

El actual párroco de Civitella, sobreviviente de la masacre, Padre Daniel Tiezzi, posiblemente esté en lo cierto cuando juzga que las acciones de los partisanos fueron realizadas con “extrema irresponsabilidad”. (5) Los partisanos que actuaron en torno a Civitella no estaban muy organizados ni preparados políticamente y la utilidad de su acción es incierta. No es claro si ellos tenían la intención de asesinar a los alemanes o solamente desarmarlos, tampoco si actuaron a sangre fría o en legítima defensa. Hicieron las cosas peor al actuar dentro del pueblo, fracasaron al esconder los cuerpos y otros rastros de su acción, inevitablemente involucraron a la población. Después, fueron incapaces de defender o ayudar a la población. Sin embargo, quienes ejecutaron la masacre fueron los alemanes, ellos apretaron el gatillo. La posible irresponsabilidad de los partisanos no puede poner en segundo plano o justificar la premeditada responsabilidad de los nazis.

Más de una vez, estas dos memorias – aquella de las instituciones y conmemoraciones inspiradas en la Resistencia y la de la comunidad – entran en conflicto, incluso físicamente, cuando la población local percibe las celebraciones oficiales realizadas en nombre de la Resistencia como una falsificación de los hechos y una violación a su luto. La conferencia internacional “In Memory” (Arezzo, 22 al 24 de junio de 1994), de donde surgió este capítulo, fue pensada como un resarcimiento, de parte de los investigadores cercanos a la izquierda hacia aquella memoria ignorada y vulnerada de Civitella y como una oportunidad de reflexión sobre los límites de la memoria de la Resistencia.

Sin embargo, esta reparación tuvo ocasión en un contexto histórico ambiguo. Al momento de la Conferencia, por primera vez en Europa, un partido directamente derivado del Fascismo, *Alleanza Nazionale*, integraba el gobierno italiano. La izquierda, vacilante en sus razones, cautelosa de toda ideología, y golpeada por la derrota, adoptó, a menudo acriticamente, los razonamientos y las ideologías ajenas, inclusive la de sus antiguos adversarios. A esto se presta de modo particularmente riesgoso el caso de Civitella, debido a la naturaleza dramática de los hechos, la seriedad de los errores del pasado y el firme resentimiento de los sobrevivientes.

Las narraciones de Civitella quitan el aliento. Sin embargo, es tarea del investigador, luego de haber recibido el impacto, retroceder, respirar profundo, y comenzar a pensar de nuevo. Con todo respeto por las personas involucradas, sus sentimientos, la autenticidad de su dolor, y la seriedad de sus razones, se trata de interpretar críticamente todos los documentos y los relatos, incluidos los suyos. Como intentaré demostrar, de hecho, cuando hablamos de memorias divididas, no debemos pensar en solo una oposición entre una memoria comunitaria “espontánea” y “pura”, y una memoria “oficial” e “ideológica” (por lo que una vez deconstruida esta última podríamos implícitamente dar por válida la autenticidad de la primera, al considerarla fruto de la experiencia directa). En realidad, estamos trabajando con una multiplicidad de fragmentos y memorias divididas internamente, y todas ellas están, de alguna manera, ideológica y culturalmente mediadas.

Sin embargo, en muchos de los trabajos expuestos en esta Conferencia, prevalece la contemplación respetuosa – justificada sin duda alguna por el dramatismo de los acontecimientos, la emoción y el dolor de los testigos- antes que el trabajo de análisis y la interpretación. Mientras Giovanni Contini rastrea las contradicciones de los testimonios de los partisanos (6), ninguno hizo lo mismo con los testimonios de los sobrevivientes - no tanto por poner en duda la fiabilidad como para reconocer la construcción narrativa de acontecimientos y significados. Por ejemplo, Valeria Di Piazza se identifica plenamente con los dilemas de los sobrevivientes entre lo “expresable\inexpresable”, entre el deseo de guardar silencio y el impulso de hablar y de saber, y dedica su investigación al dilema de “lo dicho/lo no dicho” y la dificultad de comunicar y compartir el luto y la pérdida: “Aquello que dicen todos los civitelinos es cierto: no lo podés contar, no se puede explicar, no es comprensible para otro. Alguien que nunca ha experimentado hechos similares nunca será capaz de sentir lo que la gente de Civitella lleva dentro”. (7) Como sostiene Pietro Clemente “Pareciera que los investigadores que entran en relación con un luto que el pensamiento no puede controlar resultasen invadidos y necesitasen buscar sus propios procedimientos de elaboración de esta pérdida histórica”. (8)

Clemente coincide con la “evaluación histórica” que sostiene que el error de los partisanos no mitiga la culpa de los alemanes; sin embargo, él señala que desde el punto de vista antropológico le preocupan más “las representaciones que la comunidad construye más que la veracidad de los hechos o la orientación de sus valores”. Para este autor, el

atrincheramiento de Civitella en torno al propio luto es un acto de resistencia contra el individualismo atomizado del pensamiento moderno, así como, un “escándalo” contra la “incapacidad del pensamiento laico y de la Resistencia para comprender experiencias diferentes al propio modelo”.

No estoy seguro de que esta incapacidad de comprender las experiencias y formas de pensamiento diferentes a las propias sea una prerrogativa del pensamiento laico y progresista (el cual, por otra parte, es bastante consciente del problema). (9) Tal vez el pensamiento religioso, especialmente el católico, no esté tampoco exento. Además confrontar vivencias diferentes a las propias debería ser uno de los principales fundamentos de la experiencia, eminentemente laica, de la antropología. Es cierto, de hecho, que la muerte, el luto y la pérdida son experiencias indecibles, en parte por ellas mismas y, en parte, por los límites intrínsecos del lenguaje, sin embargo, es incierto que *alguna* experiencia pueda ser realmente contada; es finalmente un lugar común que nadie puede compartir la experiencia ajena, dolorosa o no. La cuestión sigue siendo que, en Civitella y en cualquier lugar, *lo indecible es dicho*. Del esfuerzo por narrar lo inenarrable se obtienen narraciones interpretables, construcciones culturales, palabras e ideas. Así, Francesca Cappelletto y Paola Calamandrei encuentran en Civitella una “memoria grupal... conformada en el transcurso de innumerables ocasiones narrativas “formalizadas en relatos dotados con “una forma profundamente cohesiva, estructurada y bien focalizada en torno a la cuestión política”:

Hay voceros reconocidos, e incluso algunos especialistas “del tema”, expertos en porciones específicas o episodios de la historia. A su vez, un puede claramente percibir, en las situaciones narradas, un elemento tangible de control social sobre el modo en que estos eventos deben ser contados. (10)

La contradicción entre estas narraciones estructuradas y socialmente controladas y lo “inexpresable” descrito por Valeria Di Piazza es llamativa pero a la vez superficial. Precisamente porque las experiencias son indecibles pero, pese a ello, deben ser contadas, los narradores se apoyan en las estructuras del lenguaje, los discursos, el medio social, la religión y la política. Los discursos resultantes – no el dolor que describen, sino las palabras y las ideologías mediante los cuales se representan - no solo pueden, sino que deben ser críticamente comprendidos.

Como escribe Pietro Clemente, “El “escándalo” inicial fue el descubrimiento de que la memoria colectiva de los sobrevivientes no solo se niega a considerarse ella misma como parte del movimiento de la Resistencia, sino que se declara abiertamente en contra culpando a los partisanos locales de ser la causa de la masacre”. A mí me parece, sin embargo, que este “escándalo” se traduce en una construcción político-narrativa que participa plenamente en el sentido común de la “zona gris” de la ideología italiana - el área de la “normalidad”, la “no responsabilidad e inocencia” entre las víctimas y sus perpetradores (11). Por ejemplo, en

Roma, solo dos días después de la masacre de las Fosas Ardeatinas, en donde fueron asesinados 335 civiles en represalia por el asesinato de 32 soldados alemanes, el *Osservatore Romano*, periódico oficial del Vaticano, calificó a los partisanos de “culpables”, a los alemanes como “víctimas”, y como “personas sacrificadas” (12) a las víctimas masacrados en las Ardeatinas. Quizás el “escándalo” comienza en este punto. (13)

El hecho de que se traduzca en un cliché conservador no menoscaba la dignidad y el dolor de los sobrevivientes de Civitella. En realidad es una debilidad de la historiografía de la Resistencia no haber tomado a este sentido común con suficiente seriedad. Encontrarlo en estado tan “puro” y así justificado debería constituir una oportunidad para tratar de entender las limitaciones éticas de la Resistencia y el poder de las construcciones ideológicas que apuestan a su demolición en la arena política contemporánea.

Así, el luto como la memoria, no son núcleos compactos e impenetrables de pensamiento y lenguaje, sino que toman forma, se elaboran y adaptan, en el tiempo histórico. Así como los testimonios de los partisanos varían con el tiempo, lo mismo sucede con el testimonio de las víctimas. Por ejemplo, en las declaraciones ofrecidas ante la comisión británica de investigación en 1945 y en aquellos testimonios reunidos por Romano Bilenchi en 1946, la cuestión de la culpa de los partisanos aparece esporádicamente y de modo indirecto, pero no era el elemento estructural y dominante que será en las narraciones que se reúnen medio siglo más tarde. De acuerdo a Contini: “El conflicto con los partisanos es menos un punto de partida que un punto de llegada”. Lo que prevalece claramente en 1946 es el resentimiento frente a los alemanes: “y entonces lloramos todos juntos, pensando en la desgracia que nos había golpeado, y maldecíamos a los alemanes” (Ada Sestini viuda de Caldelli *RB*, 255). Muchos testimonios insistían en el sadismo y la falta de humanidad de los alemanes, con que se ensañaron sobre las víctimas y sobre el poblado: “Eran las diez en punto, las ametralladoras casi habían parado, pero escuchábamos las voces de aquellas bestias sedientas de sangre inocente cantando, riendo y tocando sus instrumentos”; “La matanza había terminado, los alemanes aún tenían sus manos y ropas cubiertas con la sangre de nuestro muertos, mientras el pueblo se derrumbaba, comían con buen apetito pan con queso” (Rina Caldelli, Zaira Tiezzi, *RB* 256, 280). Con el tiempo, estas imágenes desaparecen de los relatos, saturados por un rencor antipartisan, y el propio tono de los relatos cambia de lo concreto de los detalles de 1946 a los acentos un poco patéticos y repetitivos de hoy (1993-1994).

Diversos factores pueden haber inducido estos cambios: la autocensura de los testigos pudo haber llevado a callar las críticas a los partisanos en el período inmediato de la posguerra, cuando estos gozaban de un prestigio alto y algo de poder político; o el resentimiento por los abusos posteriores de los partisanos, cuando “castigaron” y humillaron a personas respetadas por la comunidad y que no habían sido más fascistas que otros, puede haber acrecentado la hostilidad de los habitantes de Civitella. Además, la ola de juicios a los

partisanos, como el proceso por Vía Rasella y las controversias acerca de las responsabilidades por la Masacre de las Fosas Ardeatinas y la consolidación del sentido común descrito anteriormente pueden haber suministrado aparatos discursivos e ideológicos al resentimiento de los sobrevivientes, que no habían cobrado forma al momento de los primeros testimonios. La cuestión sigue siendo que la memoria y el luto supuestamente impenetrables están en realidad intensamente relacionados con la historia y el tiempo. (14)

Aquello que vale para el tiempo vale también para el espacio. En Valluciole, a pocos kilómetros de Civitella, el 15 de abril de 1944 los alemanes asesinaron a 108 personas, incluyendo hombres, mujeres y niños, de nuevo en una aparente reprealia. Pero en las entrevistas realizadas en Valluciole, “la cuestión de la culpa [de los partisanos]... parece verse atenuada o incluso completamente ausente.... El tema central y la referencia de todos los entrevistados es la responsabilidad de los nazis y los fascistas” (Cappelletto-Calamandrei). Más allá de las diferencias de los casos (diferentes estructuras sociales y diferente estructuración de los hechos), esta discrepancia confirma que el “escándalo” de Civitella no es eterno y universal, sino más bien histórico y específico. Esto no disuelve su significado ni su impacto, sino que lo enfoca y especifica, substrayéndolo de un universalismo genérico y poniéndolo en el plano problemático de los relatos y representaciones contrapuestas.

La distinción que Clemente realiza entre los “hechos” históricos y las representaciones “antropológicas” es correcta. Sin embargo, solamente al considerarlas conjuntamente podemos ser capaces de distinguirlos. (15) Las representaciones y los hechos no existen en esferas separadas. Las representaciones operan sobre los hechos y aspiran al estatus de hechos; los hechos son reconocidos y organizados de acuerdo a las representaciones; los unos y las otras convergen en la subjetividad y se disfrazan con el lenguaje. Producir estas interacciones es trabajo de la historia oral, como *historia* debe encargarse de la reconstrucción de los hechos y, además, aprende a comprender las representaciones en la práctica del trabajo de campo dialógico y en la confrontación crítica con la otredad de los hablantes.

2. Inocencia

22 de agosto. Cerca de la placa, tres o cuatro voluntarios, artesanos y mecánicos de la zona, con lijas y esponjas, discuten qué herramienta utilizar para restaurar los nombres de las víctimas sobre la piedra. Tal vez los recuerdan los ancianos sobrevivientes del viejo vecindario hoy convertido en un barrio de lujo para las clases medio-altas

M.C.: ¡Allí! ¡Ahí es donde comenzó esta dolorosa historia!

Entrevistadora: ¿qué fue lo que sucedió?

M.C.: Los partisanos asesinaron a los alemanes.

Casi todos los relatos sobre la masacre de Civitella, a partir de aquellos de 1946, comienzan con el asesinato de los alemanes: “El día 18 de junio... fueron asesinados dos

soldados alemanes a manos de los partisanos. Ese fue el comienzo de la agonía de toda la gente de mi pueblo y de la mía”; “En el atardecer del día 18 de junio, no recuerdo exactamente la hora, la relativa calma que reinaba en el poblado, a pesar de la cercanía del frente de batalla, fue súbitamente destrozada por el sonido de los disparos”. (16)

En términos narrativos el *incipit*, el comienzo de un relato, señala la ruptura del equilibrio y el silencio, de la tranquilidad, el evento brusco que genera movimiento, del orden al desorden, el conflicto y la acción. Antes de que el relato comience, por definición, no ha sucedido nada, al menos, nada que valga la pena contar. Los comienzos habituales de las narraciones de Civitella plantean, así que allí nada había pasado antes de la acción de los partisanos del 18 de junio de 1944: “Nosotros en Civitella [estábamos] tranquilos... porque hasta al 18 de junio nosotros apenas habíamos sentido la guerra” (M.C.); “En Civitella vivíamos tranquilos y felices” (P.F.). (17) Civitella era un pueblo “rodeado por un perfumado bosque verde”, un “mundo pequeño y antiguo”, con un ambiente lleno de intimidad y encanto” donde “nunca había existido la extrema facciocidad política, que divide los espíritus y aviva los odios”. Ni los fascistas ni los alemanes habían molestado a nadie: “Aquellos que de buena fe creyeron en las políticas [fascistas] no cometieron ninguna acción atroz”. En cuanto a los alemanes, “no dieron ningún problema” (M.C.) (18): “Algunas veces, visitaban nuestras casas pidiéndonos algo de beber o alguna cosa, pero nunca nos molestaron.” Calamandrei y Cappelletto describen esas imágenes como un “paraíso perdido” y una edad de la “inocencia”.

Yo tenía ocho años y se suponía que era un niño feliz.

Durante el tiempo que duró la guerra, vivimos todos juntos en la casa familiar del pueblo, con mis padres, abuelos, mis dos hermanas, mi hermano y muchas otras personas que eran cercanos a nosotros (María Teres Paggi Massi, CR, 303).

“Paraíso” e “inocencia” son extrañas representaciones para un pueblo que había atravesado el fascismo, había estado en guerra y ahora bajo ocupación nazi, ya ha visto producirse otras masacres en poblados vecinos como Valluciole. Mientras que debemos aceptarlas como representaciones, necesitamos cuestionarnos respecto a su relación con los “hechos” y cómo operan sobre ellos.

Tomemos, por ejemplo, el relato de Alberto Rossi, quien tenía entonces quince años. Él describe un “tiempo de guerra y de tristeza” pero también, es comprensible, momentos de juego y satisfacción, de experiencia adolescente. Él sitúa ocasiones de goce precisamente en la experiencia de la guerra:

La ocasión de cumplir nuestros deseos se presentó en los primeros meses del año, cuando, vecino al poblado, los alemanes instalaron un depósito de combustible y uno de municiones. Nuestras excursiones comenzaron entonces hacia aquellos parajes y, eludiendo la estricta vigilancia, a menudo podíamos arriesgarnos a robar algo, lo que nos llenaba de entusiasmo (CR, 229).

Por supuesto, no hay nada de malo en esta *memoria infantil*, reminiscencia de travesura a lo Tom Sawyer. En verdad, nos advierte de que la mayoría de los recuerdos que tienen actualmente los sobrevivientes sobre aquel tiempo son memorias de hombres y mujeres que fueron niños y adolescentes por entonces, y que vieron la masacre como el fin de su niñez y su juventud. El problema surge, en cambio, cuando este recuerdo de la infancia se repite intacto por un entrevistado adulto, contribuyendo a dar forma a la memoria contemporánea. Por ejemplo, Alberto Rossi no recuerda que, en abril de 1944, por un intento de robo en aquel depósito de municiones, los alemanes ejecutaron a un joven de diecisiete años llamado Giulio Cagnacci. Él tiene el derecho de no recordar; pero nosotros como historiadores y antropólogos tenemos el deber de considerarlos a ambos, a la muerte de Cagnacci como un hecho y a su omisión en el testimonio de Rossi como una representación, y cómo se articulan. (19)

Lo mismo vale para representaciones más generales de Civitella en la preguerra. El pueblo no era ajeno a expresiones de clase, tensiones y problemas territoriales. Los antiguos muros separaban jerárquicamente a los habitantes del pueblo (propietarios, artesanos y profesionales) del campo y las aldeas de la periferia: “Este pueblo era la envidia de los poblados vecinos... porque era un poblado señorial” (V.L.); “¡Éramos nobles! No nos llevábamos bien con los campesinos... ¡Pretendíamos ser gente de ciudad! Creíamos que éramos un poco mejor que ellos” (M.C.). De un modo más burdo o crudo, S.M. habla de “odio” entre Civitella y el condado Badia al Pino. Él relata que en la posguerra, cuando se abrió el camino entre Civitella y la aldea de Cornia, “comenzaron a llegar grupos de trabajadores del Tegoletto al pueblo, y esta masa de trabajadores era verdaderamente una masa de mierda. [Eduardo] Succhielli [jefe de los partisanos] vive allí en los alrededores”. (20)

Con esta afirmación final, S.M. injerta el conflicto entre los sobrevivientes civitelinos y los partisanos en un contexto de tensiones precedentes entre “nobles” y “campesinos,” entre “artesanos” y “obreros”. El enojo contra los partisanos por el asesinato irresponsable de los alemanes dentro de la muralla (*intra moenia*), también refiere a la sensación de que están siendo invadidos por las clases bajas del campo. Este sentido de invasión continuó después de la guerra, cuando los “jóvenes comunistas” del campo pretendieron mandar sobre la gente del pueblo, tal vez, en parte, como revancha por humillaciones del pasado (DUILIO FATTORI, CR, 448).

Aquí hay, por lo tanto, un doble desplazamiento, en el espacio y en el tiempo. En el espacio, porque los invasores son los partisanos y no los alemanes. En el tiempo, porque la historia no comienza con la guerra, ni siquiera con la primera víctima de los alemanes, sino con la primera acción (justa o no) de los partisanos. Este doble desplazamiento revela el sentido profundo del conflicto entre el sentido común de Civitella y la identidad de la izquierda. La propia existencia de la izquierda es una invasión, una interferencia, introduciendo conflicto e historia dentro de la tranquila naturaleza. Es la izquierda la que produce un escándalo, porque pretende ir contra el orden inevitable de las cosas: la naturaleza, la desigualdad humana, el mercado. (21) Y porque el orden natural coincide con el poder de los más fuertes, la *hybris*

escandalosa de la izquierda (como se subraya en los relatos de Civitella: “Me refiero a que cuando no tienes fuerza suficiente, ¿cómo te atreves a atacar a los alemanes?” [P.C.]) es agravada por la culpa de ser débil: no solo porque intenta siempre el asalto al cielo, sino porque no logra conquistarlo.

Los relatos de Civitella no intentan cuestionar orden alguno. Sus ataques feroces a los partisanos nunca son realizados en el marco de una explícita alternativa ideológica contraria a los partisanos. Los narradores no se molestan en confrontar la ideología general que postula a Italia como una “república fruto de la Resistencia” (como la frase rezaba, o solía decirse), pero la moldean con su resentimiento específicamente contra la resistencia más próxima: “Había odio contra los partisanos -no contra aquellos en el Norte, sino contra los pseudo partisanos, los locales” (V.C.); (22) “¡yo rescataría como partisanos a aquellos en el norte, quienes protegían las fábricas, no a estos! (P.F.); “Admiro a los partisanos norteños, quienes pueden haber hecho algunas cosas buenas. ¡Pero estos, lo de nuestra zona, no!” (B.B.). (23)¹ Es una actitud que en los Estados Unidos llaman NIMB, “Not In My Backyard” – puede ser pura vuestra resistencia, pero no en mi casa-. Para la “zona gris” todos los actos de la Resistencia están bien en lo abstracto y en la distancia, nunca en lo concreto y cercano. Por supuesto, como todo sentido común, este discurso se sostiene porque contiene cierta dosis de verdad: los partisanos del centro de Italia tuvieron menos tiempo para organizarse, a menudo tuvieron menos sentido de la dirección y de la estrategia que sus hermanos del norte. Sin embargo, la función ideológica de este discurso es distinta de su verdad referencial. Relatos análogos sobre la inutilidad y nocividad de los partisanos locales existen en todas partes de Italia, inclusive en el Norte, y alaban la resistencia en sentido amplio pero la culpabilizan en lo específico. Algunas de las suposiciones de este discurso, por lo tanto, merecen una mirada atenta.

En primer lugar, preguntar por la utilidad inmediata de la acción de los partisanos es aún un tema controversial y parcial. En una guerrilla, ninguna acción u episodio singular puede decirse que sea determinante; sin embargo, la guerra de desgaste sostenida por los partisanos ocasionó suficientes problemas en la retaguardia de las líneas alemanas, provocando el costoso desvío de tropas para las constantes sanguinarias “limpiezas del territorio”. (24) Aunque aparentemente motivadas como represalia contra acciones individuales de los partisanos, las innumerables masacres perpetradas por los alemanes - Civitella, Cornia y San Pancrazio - en la región de los *Apeninos de Toscana* sirvieron mayoritariamente para proteger el frente de batalla de los disturbios, que incluían la falta de colaboración de grandes sectores de la población en general. En sus primeros testimonios, las mujeres de Civitella señalaban que los alemanes dejaron pasar diez días antes de ejecutar la represalia: “La vida había vuelto ser tranquila como antes” “Mientras tanto los alemanes perfectamente jugaron su vergonzoso engaño” (Corinna Stopponi, viuda de Caldelli; Elda Morfoni, viuda de Paggi, RB, 260, 278). Esto implicaría que la conexión entre la acción de los partisanos y la masacre podría ser menos directa de lo que se propone que sea: tres días después de la masacre, Civitella fue *elegida*

como una línea de defensa para la retirada de las tropas alemanas. Para el 2 de julio, cuando el frente retrocede y los alemanes se desplazan, el territorio había sido efectivamente “limpiado”.

En segundo lugar, la importancia de los partisanos es menos militar que moral: el Eje hubiera perdido la guerra de todas formas, incluso sin su intervención, pero es gracias a que los partisanos existieron que los italianos podemos decirnos protagonistas y no objetos de nuestra liberación. Quizás la utilidad de los partisanos, yace donde otros ven su culpa: en el hecho de que existan. Si tenemos esto presente, tal vez podamos comprender la necesidad psicológica detrás del *desproljo* atentado en Civitella: más allá de muchos otros motivos ocasionales y menos nobles, los partisanos necesitaban demostrar que existían, porque en su existencia estaba en juego el rescate del país entero (25).

La presencia histórica de los partisanos ilumina por contraste la tendencia de los civitelinos a disminuir la propia. V.C., por ejemplo, elogia a los “mártires” [de Civitella]: “que no habían hecho nada contra los fascistas, habían peleado en la primera guerra mundial, le habían dado a la patria lo que se esperaba de ellos” El narrador reivindica para las víctimas las grandes virtudes de la obediencia y de la docilidad propias del cristianismo y sus derivados. Pero al describirlos como “mártires” no solo los incluye en el gran relato del Cristianismo, sino que precisamente viola el significado de sus muertes del mismo modo que lo hacen los partisanos cuando los llaman “mártires de la Resistencia”, “mártires de la libertad”. Los mártires siempre son “culpables” de una desobediencia militante y son completamente conscientes de sus consecuencias; en cambio, las víctimas de Civitella “eran inocentes”: los muertos de Civitella (con una excepción) no son “mártires” – sujetos que asumen las consecuencias de sus conscientes transgresiones– sino sobretodo víctimas: “Somos muertos inocentes”, “Nosotros no habíamos hecho ningún mal, solo nos preocupábamos por el trabajo, por la familia”. Los masacrados en Civitella no habían realizado ningún gesto que diera sentido a sus muertes: son muertos inexplicables, que generaron un luto insoluble, una pérdida mucho más difícil de elaborar y comprender.

Lo incomprendible de estas muertes también depende de la pureza negativa de la definición dada al término inocencia, como ausencia de culpa, en su sentido etimológico que no causa daño (*non nocere*). Sin embargo, no tener culpa no significa no tener responsabilidad: no haber hecho ningún mal a nadie es una cosa, no haber hecho nada contra el mal es otra cosa. En la formulación de V.C., no haber “hecho nada contra los fascistas” y contra la ocupación alemana se convierte casi en una virtud: esta es la inocencia de la “zona gris”, del llamado *attesimo* en Italia, aquellos que no se involucran, quienes “no se mezclan de política” y tratan de mantenerse fuera de la historia, hasta que tienen que vérsela brutalmente ante un hecho que los arroja repentinamente a ella (26).

Este enfoque ahistórico, esta sustracción a la historia, modela también los juicios sobre los alemanes. En *Moby-Dick*, cuando el capitán Ahab anuncia sus intenciones de perseguir y

castigar a la ballena blanca que lo ha mutilado, su primer oficial Starbuck objeta que es blasfemo culpar a una bestia “tonta bruta”, a una animal que “te atacó producto del instinto ciego” (27). La ballena, criatura de la naturaleza, no es moralmente responsable. Si despedaza a Ahab, si hunde su barco y ahoga a toda su tripulación, la culpa es únicamente de Ahab por haberla atacado.

M.C.: Si se sabe que los alemanes son una raza mala [...] se sabe que son crueles [...] ¿Por qué debían meterse con ellos? Perdone... si hay un león, allí, y es feroz... aunque haya comido, si va a molestarlo, ¿qué va hacer? ¡Lo va a comer también! ¡Es un animal salvaje!

V.C. también señala lo mismo: los partisanos sabían que los alemanes eran crueles y salvajes (*feroci*), no deberían haberlos provocado. Cuanto más hablan los entrevistados de Civitella sobre los alemanes como “bestias salvajes” (*bestie, belve*), pero me parece que estas expresiones, originalmente introducidas para denunciar la crueldad maligna de los alemanes, han mutado de una forma que los absuelve al sustraerlos de la esfera del juicio moral: la ferocidad de esta “raza mala” remite a todo lo inevitable de un hecho natural (28). Ni una sola vez, en los escritos y testimonios orales contemporáneos, alguien cuestiona la “ley” que establecería el número de vidas de los civiles italianos necesarias por cada muerte de un soldado alemán, *ningún* testimonio discute la “ley” de los “diez italianos por cada alemán”:

V..C.: Ellos lo habían difundido en la gobernación municipal: por cada alemán muerto serían asesinados diez civiles – así que la población estaba avisada. Si ellos han venido a ejecutar esta represalia... ¡hay quienes los han empujado a hacerlo! (29)

Los partisanos “sabían que la regla del diez por uno estaba vigente” (V.C.). La forma pasiva e impersonal (“los civiles serían ejecutados”) sustrae a los alemanes del rol de sujetos gramaticales y morales. La ley existe y eso es todo. Nadie se pregunta quién la ha establecido, con qué consenso y legitimidad, ni acaso si la aplicación es siempre inevitable.

Las únicas leyes que se aplican sin el consenso de los gobernados, que tienen una fuerza inevitable y que se cumplen sin mediaciones son las leyes de la naturaleza. Si uno mete la mano en la jaula, el león lo morderá; si uno sale a cazar a Moby Dick, la ballena destruirá la nave; si uno agrede a los alemanes, los alemanes masacran en represalia. Quizás también por esto ninguno se pregunta cómo es que, si la “ley” exigía diez italianos por cada alemán, en Civitella la tasa fue de cuarenta a uno.

3. Mito, rito y política

23 de agosto. El monumento está limpio, los nombres han sido restaurados En agradecimiento a aquellos que hicieron el trabajo, en vez de

conmemorar la muerte, ligeramente avergonzado y esperando que nadie me vea, compré unas flores y las puse junto a la placa.

El momento más conmovedor de la Conferencia de Arezzo fue cuando, en la plaza de Civitella, Ida Balò – voz reconocida de la memoria local - ha hecho tangible la tragedia montando en una única historia uniendo los retazos dramáticos de las narrativas de sus vecinos y amigos, señalando además los lugares donde cada escena había tenido lugar. Más tarde, una misa cantada en la iglesia del poblado (“Voces de la memoria”, editado por Paola Balò) daba a esos relatos la forma de la sagrada representación.

En la narración y en la ceremonia religiosa, tres episodios, que yo nunca había escuchado antes, asumen la centralidad y trascendencia del mito: el cura Don Alcide Lazzeri se ofrece a los alemanes a cambio de la vida de los otros rehenes; “un soldado alemán se negó, pagando con la vida, a participar en la masacre; años más tarde dos alemanes, uno de ellos veterano que había participado de los hechos de Civitella, regresan al pueblo para obtener el perdón del párraco”.

La historia del ofrecimiento de sacrificio de don Lazzeri aparece en un solo testimonio de 1946, y es contradicha por otros. De acuerdo a Maria Assunta Menchetti, el sacerdote dice a los alemanes: “Mátame a mi, pero la vida a mi pueblo”; Corinna Stopponi y Gino Bartolucci, quienes estaban mas cerca de los acontecimientos (estaba entre los rehenes y vió matar a don Lazzeri), dijeron solo que el sacerdote “murió como héroe, después de haber bendecido a su pueblo” (RB, 268, 261, 277). La *koiné* contemporánea, sin embargo, aparece únicamente así en la versión de Maria Assunta Menchetti (CR 95, 285, 211.). Parece sin embargo cierto que el sacerdote habría podido salvarse, pero regresó en cambio para morir con los otros (30).

Los otros dos episodios son atestiguados por un solo testificante cada uno:

... el sargento dictó la orden de fuego a un soldado que empuñaba un arma. Pero sucedió una cosa inusual: el soldado que había recibido la orden miró a los condenados y permaneció inmóvil. El comandante lo reprendió [...] y nuevamente le ordenó que disparase, mientras este permanecía indeciso. Entonces el sargento lo empujó a un lado y con el arma que sostenía disparó personalmente sobre cinco hombres [...Entonces] habiendo empujado al soldado “traidor” a un costado y, pronunciando en voz alta y con tono aireado palabras para mi incomprensibles, lo hizo volver de espaldas y con un golpe seco en la cabeza lo dejó ahí tirado [Luigi Bigiarini, CR, 259-60].

Una dulce mañana de julio de 1983 se presentaron ante mi en la rectoría de Civitella della Chiana dos hombres bastante mayores. Preguntaron por el Párraco. Dijeron inmediatamente que eran alemanes, uno de ellos había sido parte del grupo armado que la mañana del 29 de junio de 1944 subió a Civitella, para sembrar muerte y ruina.

[Él me dijo:] “Yo soy un alemán que estuvo aquí aquel día para ejecutar la represalia. Diga, padre, al pueblo de este lugar que yo he trabajado mucho en mi vida y que tengo mucha pena, que éramos muy jóvenes y que Hitler había envenenado

nuestra juventud. Yo le pido perdón por todos nosotros [...] [Don Enrico Biagini, *CR*, 453].

No hay motivos para dudar de la veracidad de estos tres episodios para identificar su dimensión mítica. Un mito de hecho no es necesariamente un relato falso o un cuento inventado; más bien, es un relato que, verídico o no, extiende el significado simbólico de un evento individual para darle forma narrativa a las autorrepresentaciones compartidas de una comunidad y una cultura. En este caso, a través del relato del sacrificio, de la piedad y del perdón, Civitella se formaliza su relación con el evento más dramático de su historia y define su propia identidad como comunidad fundada sobre valores cristianos: también por esto, atribuye al párroco la autoridad de perdonar sin consultar a ninguno.

Lo que continúa siendo extraño es que los visitantes alemanes insisten en disminuir su propia responsabilidad, culpando a Hitler, y que el sacerdote no les preguntase sus nombres o su dirección o su unidad militar (en ese momento sin identificar). Aunque, el aspecto más directo del componente mítico de la historia consiste en su función clásica de reconciliar a los opuestos: la imagen de Civitella como una comunidad cristiana e indulgente con una actitud imperdonable hacia los partisanos.

V.L.: Aún soportamos, incluso después de cincuenta años, esta hostilidad, ¿no es así?, hacia los partisanos; Aún nos sentimos de ese modo, ¿No es así?... A pesar de nuestra fe religiosa.

I: Porque ellos alguna vez podrían haber venido, y decirnos: “Estábamos equivocados” (31)

V.L.: Todavía no tenemos una disposición a perdonales

I.: vamos a la iglesia...

V.L.: Pero deberíamos. Tenemos que cambiar

M.C.: Creyendo en Dios como nosotros lo hacemos, debemos perdonar

V.L.: Perdonar porque ellos, también, cometieron un error, eran solo niños, vieron las armas e hicieron lo que les pareció más fácil...

I.: Sin pensar en las consecuencias... eran jóvenes...

V.L.: Tendríamos que ver las cosas de otro modo después de cincuenta años

I.: Deberíamos pedirle al Señor, no tenemos la fuerza...

M.C.: No es algo que lo podamos controlar... ¡Lo tenemos dentro nuestro!

El factor crucial en las declaraciones de I es que: Al menos los alemanes pidieron perdón por todo, en cambio los partisanos nunca lo hicieron. (V.L. vuelve sobre este punto después “En todos estos años, ni una sola vez, los partisanos dijeron ‘esa acción nuestra fue un error’”). Al perdonar a los alemanes, Civitella despeja sus dudas respecto a perdonar a los partisanos: los alemanes se arrepintieron, los partisanos no. De este modo, Civitella puede conservar ambos: su imagen de comunidad cristiana y su resentimiento hacia los partisanos. (32)

También el relato del soldado reacio tiene raíces cristianas. El “mito” del “buen alemán”, difundido en toda Europa y incluso en la masacre de las Fosas Ardeatinas (33), es asimismo variante de un mito mucho más antiguo y difuso. Los trabajadores de la acería de Terni, por

ejemplo, narraban así el asesinato de un compañero en medio de los disturbios: “Luigi Trastulli se subía a un muro y una ráfaga de disparos lo dejó seco. Y vimos a Luigi Trastulli perder el equilibrio en el filo del muro, mientras veíamos a otro policía, quizás más humano, que en medio de los disturbios bajaba el arma. Pero Luigi Trastulli cayó por tierra fulminado”. (34)

En realidad el hecho ocurrió en el centro de la calle. Situar la escena sobre y en el muro lo vincula con la iconografía de la Resistencia (las imágenes de las ejecuciones de los partisanos) y sobretudo con la Crucifixión. Las raíces del mito, de hecho, se encuentran allí, en los relatos populares inspirados en los Evangelios apócrifos, en los que un centurión romano frena a otro que está a punto de golpear con la lanza a Jesús en la cruz.

Como todos los relatos míticos, este no es unívoco, sino una matriz de significados, una red de oposiciones: En última instancia, depende en sí la persona que es destacada es percibida como una representación de, o si es vista como una alternativa al resto. El “buen alemán” y el centurión piadoso pueden o bien confirmar nuestra fe en el resto de la humanidad que sobrevive incluso en las tormentas más crueles, o subraya mediante la humanidad de uno lo inhumano de todos los demás; puede significar que los soldados fueron forzados a disparar o a perder sus vidas (35), o que la resistencia era posible, y que sí más de uno hubiese resistido, tal vez podría haberse evitado la tragedia. Como Primo Levi afirma sobre un incidente en Auschwitz, “Si alemanes excepcionales, capaces de este modesto coraje, y si hubieran sido más numerosos, la historia del pasado y la geografía del presente serían diferentes”. (36)

Reducido al mínimo término, el mito afirma que cuando una violencia colectiva produce una víctima inocente (Cristo, Trastulli, las Ardeatinas, Civitella), siempre hay quienes resisten a ser asesinos. Quizás sea cierto, quizás necesitamos creerlo. En su *Il disperso di Marburg*, Nuto Revelli se pregunta si una figura de un posible “buen alemán” no será producto de su propia irresistible necesidad de creer en ella e identificarla. Al final, Revelli y sus colaboradores pueden darle un nombre y una historia, pero no confirmar la inocencia. Escribe un corresponsal de Revelli:

La imagen del “caballero solitario” que acaricia a los niños y que escucha Bach en su tiempo libre se esfuma. Me parece más probable que fuese un explorador patrullando en la región. Es mejor observar la realidad, y no las imágenes que nacen de nuestra cabeza. ¿Pero qué haríamos sin aquellas imágenes? (37)

La imagen del nazi amante de la música, familiar en la iconografía de los campos de concentración, así como la imagen clásica de los soldados que distribuyen caramelos (repetida en tantas películas estadounidenses) ambas son proyectadas por el corresponsal de Revelli, pero en Civitella tienen una constatación fáctica. Don Tiezzi recuerda que cuatro soldados católicos austriacos vinieron a ayudarlo a cantar la misa en la parroquia; los alemanes que regalaban caramelos son los mismos que pronto serían asesinados por los partisanos [Rossi, CR, 231]. Los primeros “buenos alemanes” de Civitella son ellos, los ocupantes que

atravesaban las calles del pueblo con un séquito de niños, distribuyendo regalos. En 1946, estos soldados eran descritos como “ebrios” y “borrachos”; y los soldados nazis musicales son aquellos que rieron, cantaron y se hicieron escuchar después de la masacre (RB, 272, 278, 256).

El hecho de que en estas imágenes haya un probable fundamento fáctico no significa que sean menos míticas, en la medida en que adquieren valor simbólico general. No cuenta solo si los alemanes buenos han existido o no, si han regalado los caramelos, si fueron reacios a matar, sino también la necesidad profunda, incluso en las víctimas, de creer que han existido: “¿Cómo haremos sin aquellas imágenes?”

El relato de Ida Balò me dejó tan impresionado que el día después aprovechamos una pausa de la Conferencia para pedirle que me relatara de nuevo los episodios del perdón y del buen alemán, y hacerle algunas preguntas. La cosa más sorprendente que me dijo fue que por muchos años la gente de Civitella *no daba crédito* al relato del soldado bueno, porque el testimonio no era de Civitella: cierta o no, su historia no podía evidentemente ser aceptada en la memoria del pueblo. (38) Solo “desde hace una decena de años”, explicó la señora Balò, había empezado a ser tomada por buena e incluida en la narración local. (39)

En la historia del perdón Ida Balò introduce dos variantes: los visitantes llegaron por la noche, ninguno lo había visto, y también este otro episodio “mítico” producido “una decena de años atrás”. (40) Nuestro coloquio se produjo en 1994, durante las manifestaciones por el cincuentenario; “una decena de años” antes, en 1984, evidentemente, es la década anterior, y es en torno de esta fecha que Ida Balò coloca la emergencia de estas dos narraciones míticas.

Por mucho tiempo, las celebraciones civiles en nombre de la Resistencia eran contrapuestas solo por algunas religiosas en la iglesia y en el cementerio: “Nunca, en estos quince años, pase el 29 de junio sin conmemorar ese día... me refiero de las ceremonias religiosas, ¿comprende? Porque nunca participamos en otras ceremonias” (V.L). A medida que pasa el tiempo, la protesta da lugar a celebraciones alternativas, articuladas con sus propios mitos y valores y encomendados a sus propias instituciones, también civiles. De esta manera, P.C. recuerda aquella del '84 como “la primera” conmemoración, porque fue la primera ceremonia pública en la que se sintió representado:

P.C.: La primera conmemoración fue realizada cuando fue hecha la capilla, la inauguración de la capilla del cementerio, en que estuvo Fanfani.

V.L.: En el '84...(41)

El nombre de Amintore Fanfani, un político católico conservador, quien detentó casi todos los cargos en el gobierno italiano por casi medio siglo (incluyendo varias veces el cargo de primer ministro) aparece sistemáticamente en los testimonios como aliado “providencial” de Civitella. (42) Esto no invalida ciertos relatos y sentimientos: es posible que, en aquel contexto, Fanfani haya sido realmente el más cercano a las necesidades materiales y emocionales del

pueblo. Pero su presencia, evocada en conexión con la crucial celebración de 1984, confirma la existencia de una segunda memoria pública y “oficial” y una segunda serie de rituales institucionales. Esta otra memoria es portadora de valores importantes (inocencia, docilidad, obediencia, piedad, perdón, solidaridad de familia y de grupo) y funda su experiencia vivida y sentimientos profundos; lo que no suprime que se trate sin embargo de una construcción ideologizada e institucional. La historia de la memoria de Civitella no se puede hacer sin hacer también la historia de sus manifestaciones públicas.

Se habla a propósito de Civitella de “memoria colectiva” (Clemente), memoria “del poblado” (Contini), “memoria de grupo” (Calamandrei y Cappelletto): términos legitimados para el uso científico a partir al menos de Halbwachs. Sin embargo, el proceso de la memoria y el acto de recordar son siempre individuales: los individuos, no los grupos, recuerdan; también cuando afirma que la memoria individual no existe, Halbwachs escribe siempre “Yo recuerdo”, y describe como individual, incluso solitaria, una actividad crucial de la memoria – el olvido. (43)

Si toda las memorias fuese colectivas, bastaría un solo testimonio para cada grupo social, pero sabemos que no es así: cada individuo recuerda de manera distinta. Especialmente en tiempos y sociedades modernas, cada individuo es el cruzamiento de memorias de una multiplicidad diversa de grupos y la organiza de manera diversa. Como cualquier actividad humana, la memoria es *social* y puede ser *compartida* (es por ello que cada individuo tiene algo que para contribuir con la historia “social”); sin embargo, como el *lenguaje* respecto a la *palabra*, se manifiesta solo a través de los recuerdos y los relatos individuales. Se convierte en *memoria colectiva* solo cuando se abstrae y se separa del individuo: en el mito y en el folklore (un relato para muchas personas: el “buen alemán”), en la representación (una persona para muchos relatos: Ida Balò), en la institución (un sujeto abstracto que organiza memorias y ritos en un todo mayor que la suma de las partes –la escuela, la iglesia, el Estado y el partido-). Estos tres procesos - mito, representación, institución – actúan en Civitella, donde la presión por *no olvidar* y para derivar la memoria de *un grupo solo* – el círculo muy cerrado de los sobrevivientes – constituyen precisamente el “control social” del que hablan Cappelletto y Calamandrei como la presión del “colectivo” sobre la memoria “individual”.

Pero si la memoria “colectiva” es diferente de las memorias personales, no podemos hablar de ella como expresión de dolor, luto, o escándalo directa y espontánea, sino (sin con esto disminuirla) como formalización igualmente legítima y coherente mediada por ideologías, idiomas, sentido común e instituciones. Entonces las oposiciones se encuentran no solo *entre* las memorias, pero también *dentro* de ellas: la feliz definición de *memoria dividida* debe ampliarse y radicalizarse para definir no simplemente la dicotomía (y su jerarquía implícita) entre la memoria institucional de la Resistencia y la memoria colectiva de la comunidad, sino una multiplicidad fragmentada de memorias diversas.

Ya la “memoria del poblado” no es un conjunto compacto. El deseo individual de olvidar coexiste con el compromiso social de recordar, a menudo dentro de las mismas personas: “No

quería escribir nada porque es un esfuerzo... doloroso para mí y también porque le he prometido a mi hermano que no lo haría y por esto le pido me perdone, pero *debía* porque a mamá le hubiese gustado..." (Giuliana Sabatini Migliorini, *CR*, 322; cursivas del autor). (44)

La "memoria *del poblado*" está también socialmente dividida, al menos si miramos Civitella como es hoy y las personas que viven en él y no como si fuera una imagen congelada en 1944. Muchos de los habitantes actuales han llegado después; entre ellos están también los descendientes de los "campesinos" y del "montón de mierda" marginados un largo tiempo tras los muros y hoy fuera del relato: "con las otras personas [que] no habitaban en Civitella, con ellos no hablábamos, eran todos campesinos" (S.M.). Pero también ellos tienen memorias, que confluyeron en la memoria actual de aquello que es hoy su poblado.

Otro tanto dividida está la memoria de las instituciones. Una de las paradojas de la Conferencia de Arezzo era que por momentos parecía que la única "memoria oficial" era aquella de la Resistencia y la única "ideología" aquella de la izquierda. Es verdad que estamos viviendo en tiempos en los que formadores de opinión y los políticos hablan impunemente de una cuarentenaria "hegemonía marxista" o "dictadura comunista", y que las instituciones locales de Arezzo y de la Toscana han estado regidas por la izquierda. Pero quien ha trabajado en Arezzo reconoce también en las conmemoraciones contrapuestas de la masacre de Civitella la larga tensión entre las instituciones locales y la influencia de una figura institucional como Fanfani. (45) También en la Toscana roja los prefectos son nombrados por el Ministerio del Interior, los bancos son controlados por el capital, y el diario más importante es el conservador *La Nazione*.

La memoria partisana de hecho no ha coincidido ciertamente con el discurso profundo de las instituciones del estado. La Resistencia deviene tardíamente en memoria "oficial", y al precio de convertirse en un ritual de placas conmemorativas y coronas, una ceremonia inocua y acordada que le pertenece a la esfera política donde la gente común se siente cada vez más ajena. Incluso entonces, la memoria oficial de la resistencia es una cosa si es celebrada por un presidente que antiguamente fue partisano como Sandro Pertini, o por uno corrupto y reaccionario como Giovanni Leone. De hecho, V.C. insinúa que el actual presidente, católico, Oscar Luigi Scalfaro debe asistir a las conmemoraciones en Civitella, pero sostiene que si Pertini hubiese dado la cara habría sido increpado y corrido de la ciudad.

Finalmente, también las memorias partisanas locales y personales están divididas. Ya las contradictorias versiones sobre el atentado indican una conciencia incierta, son también una consecuencia de la fragmentaria percepción y evaluación de un hecho tan crucial. Pero pienso al comandante partisano Succhielli que defiende sus razones con escritos y procesos, pero admite al historiador Giovanni Contini, -tal vez demasiado tarde-, que el atentado fue un error y condujo a la ruina del pueblo y su gente. (46) O al médico Gambassini, aliado de los partisanos, del que dijo (Contini) que vivió toda la vida con un profundo sentido de culpa - y sí lo ha tenido dentro, sin que haya aflorado en la autobiografía. (47)

La conferencia de Arezzo fue importante porque ofreció una escucha a estas otras memorias, con respeto a sus portadores, estableció un dialogo con ellos (espero que también ellos nos hayan escuchado a nosotros) y colocó a los acontecimientos de Civitella en la perspectiva de una historia que involucra a todo el continente. Aunque sería un error, tomar las memorias de Civitella como un núcleo sólido, impenetrable al pensamiento, inmune a la historia o la política e inaccesible al análisis crítico. Confrontar con las memorias de los otros y cambiar tras ese encuentro es un dialogo; ceder acriticamente el punto de vista propio es rendirse.

24 de agosto. Llueve pero las flores todavía están allí. Repubblica informa que "hace cerca de dos meses algunas esvásticas desfiguraron el monumento a los caídos de la resistencia de Ostia sin que la Circoscrizione [presidida por Alleanza Nazionale] intervenga." Un tribunal argentino se ha negado a extraditar a Italia a Erich Priebke –torturador nazi y ejecutor de la masacre de las Fosas Ardeatinas que no ha pedido perdón a nadie. (48) Me pregunto qué instrumentos tengo yo para borrar aquella esvástica, y pienso en la historia oral.

Epilogo

Mientras preparo la edición de este libro, Eric Priebke ha sido extraditado y está siendo juzgado por la masacre de las Fosas Ardeatinas. Él ha ofrecido sus "condolencias" a las familias de las víctimas. Durante el juicio, un historiador alemán ha testificado que hubo casos donde los soldados alemanes y oficiales pidieron que se los dispensara de participar de las masacres, y que no sufrieron consecuencias. De acuerdo con otro testigo, un antiguo nazi, quien era vicecomandante bajo las órdenes de Priebke en Roma, Priebke también es responsable por la masacre que se conmemora con el monolito en mi vecindario. "Él estaba a cargo" según el testigo, "él no estaba siguiendo ninguna orden". (49)

Notas

(1) Este trabajo surgió de las observaciones realizadas en la conferencia internacional "In memory: For a European Memory of Nazi Crimes after the End of the Cold War" en Arezzo, del 22-24 de junio de 1994. Y fue escrito a pedido y por sugerencia del organizador de la conferencia, Leonardo Paggi. Asistí, como cualquier persona, a la conferencia y celebre la extraordinaria oportunidad de poder contribuir al enfoque de la historia oral a través del dialogo entre antropólogos e historiadores. En vez de presentar un trabajo, mi tarea consistió en participar de las discusiones. Por lo tanto, este capítulo refleja los artículos y documentos como fueron presentados en la Conferencia y se utiliza la documentación que se encontraba disponible allí.

(2) En Romano Bilenchi, *Cronache degli anni neri* (Roma: Editori Riuniti, 1984), p.254. Los testimonios escritos de las viudas y sobrevivientes de Civitella fueron reunidos por Romano Bilenchi en 1946, originalmente fueron publicados en *Società* 2, páginas 7- (1946). En

adelante, haré referencia a esta colección dentro del texto con las iniciales RB y el número de página. Las mujeres de Civitella emplean orgullosas la antigua costumbre de agregar el prefijo “*viuda de*” con el apellido de sus esposos fallecidos. Además de mantener viva su memoria, las identifica inmediatamente como sobrevivientes de la masacre. Se mantiene esa denominación en este artículo.

(3) Giovanni Contini, "La memoria divisa. Osservazioni sulle due memorie della strage del 29 giugno 1944 a Civitella Val di Chiana," ponencia presentada en la Conferencia internacional “In memory: For a European Memory of Nazi Crimes after the End of the Cold War”. En Arezzo, del 22-24 de junio de 1994. En este capítulo hago referencia a los materiales y documentos como fueron presentados en la Conferencia: borradores de escritos; varias entrevistas realizadas en 1993 (Me referiré a aquellas registradas por Paola Calamandrei y Francesca Capelletto con las iniciales de los entrevistados, indicando en las notas al pie sus datos); Los testimonios reunidos por Romano Bilenchi (véase la nota número dos); y los testimonios escritos compilados por Ida Balò Valli, *Giugno 1944. Civitella racconta* (Cortona: Editrice Grafica L'Etruria, 1994), publicados inmediatamente después del Congreso (designados en el texto con las iniciales CR y el número de página).

(4) M.C., mujer, 66 años, 7.7.1993.

(5) Entrevista de Giovanni Contini, Civitella Val di Chiana, 27.8.1993.

(6) En las reconstrucciones del episodio incriminado - el asesinato de tres alemanes en un círculo recreativo dentro del poblado de Civitella – el eje moral y narrativo gira en torno a la pregunta "¿quién ha disparado primero?" (CR, 35): una construcción autojustificativa que a la que se recurre tanto en la literatura y en el cine western como en narraciones de la Resistencia también en otras partes de Italia. Tanto el comandante partisano Edoardo Succhielli, tanto el partisano Vasco Caroti, que participó en la acción, describen – de manera contradictoria – una escena en la que un alemán iba a tomar las armas pero los partisanos lo hicieron antes que él. Las diferentes versiones se encuentran todas compiladas en el libro de Ida Balò; para una discusión, cfr. Contini, cit. Por ejemplo, por ser mucho más complejo, con la misma estructura narrativa, acerca de la guerra partisana en Umbria y en el Lazio, me refiero aquí al capítulo “La battaglia di Poggio Bustone”.

(7) Valeria Di Piazza, "Civitella della Chiana 50 years after the massacre," ponencia presentada en la Conferencia de Arezzo.

(8) Pietro Clemente, "Ritorno dall'apocalisse", ponencia presentada en la Conferencia de Arezzo.

(9) Por ejemplo, la periodista y política comunista Rossana Rossanda escribe: "La irracionalidad de la maldad y de la muerte, de la ilusión de felicidad, de la soledad [son] todas cosas que el movimiento obrero, revolucionario, pone entre paréntesis... Duro, pero adulto, sería reconocer que la condición del hombre, colgado entre vida y muerte, que su dato biológico, ahistórico, el residuo indestructible de individualidad de su sufrimiento, es el límite

oscuro que encuentra, al final de su camino, una emancipación política" en "Bergman: un dolore senza storia", *Il Manifesto*, 8 de noviembre de 1973.

(10) Paola Calamandrei y Francesca Cappelletto, "La memoria lontana di paesi diversi: i massacri nazi-fascisti nei racconti", ponencia presentada en la Conferencia de Arezzo.

(11) La expresión "zona gris" fue elaborada por Primo Levi para describir a los prisioneros de los campos de concentración que colaboraron o mediaron con las autoridades nazis: ver "La zona grigia", en *I sommersi e i salvati* (Turin: Einaudi, 1991), pp. 25-52. Recientemente, el escritor Stefano Levi Della Torre (a quien citó aquí) ha utilizado este concepto para referirse a una parte de la sociedad italiana "que no tomó partido" entre el Fascismo y la Resistencia. Véase S. Levi Della Torre, *Mosaico, Attualità e inattualità degli ebrei* (Turin: Rosenberg & Sellier, 1992, p. 66.

(12) Giorgio Bocca, *Storia dell'Italia partigiana* (Bari: Laterza, 1970), p.288.

(13) Ver A. Portelli, *La orden ya fue ejecutada: Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.

(14) Un capítulo del libro de Ida Balò se intitula "Il 'triangolo della morte'". Tampoco se refiere a crímenes partisanos sino a las masacres nazis, la expresión indica que la autora tiene la oreja puesta en la controversia actual.

(15) Cuando estudié las narrativas de los trabajadores de Terni (Umbria), quienes situaban la fecha del asesinato de su camarada Luigi Trastulli en 1953, pude reconocerlas como "representaciones" (o la menos, reconocer qué tipo de representaciones eran) y porque yo sabía que de hecho ese evento había ocurrido en 1949. Véase mi trabajo "The Death of Luigi Trastulli: Memory and the Event", en *The Death of Luigi Trastulli: Memory and other Stories: Form and Meaning in Oral History* (Albany, N.Y.: State University of New York Press, 1991), pp. 1-26.

(16) Uliana Merini, viuda de Caldelli, en *Società*, 1946, citado en Clemente, "Ritorno dall'apocalissi"; Lara Lammioni Lucarelli (*CR*, 271). He seleccionado intencionalmente ejemplos de diferentes épocas (los años de la posguerra y el presente) y de diferentes soportes (narrativas orales y testimonios escritos), con la finalidad de mostrar la omnipresencia de este enfoque. Contini, "La memoria divisa", también comenta (críticamente) sobre la mantanza de los alemanes como una narrativa de origen.

(17) Hombre, 67 años, 7.7.1993.

(18) Ida Balò (*CR*, 3, 9-10); Don Daniele Tiezzi, "Paese mio," poesía (*CR*, s.i.p.); Teresa Milani viuda de Bernini(*CR*, 365).

(19) Uno de los pocos testimonios que recuerdan Cagnacci es también uno de aquellos que no confirman el clima de idilio despreocupado: "Al final de los primeros meses del año 1944, se vivía en Civitella en la espera ansiosa de un inminente amenazante futuro de guerra..." Esta ansiedad es transmitida al narrador (que tenía once años en ese entonces) por su padre que debía atravesar la zona del depósito para ir al trabajo, y mostrar en cada vuelta el pase a los

alemanes. "Unos meses antes de que fuera asesinado en esta zona Gino Cagnacci...": Dino Tiezzi (CR, 292).

(20) Hombre, 62 años, 11.9.1993.

(21) La figura del paraíso perdido sirve también para deslegitimar a los partisanos: "No lo deberían haber hecho porque debían comprender que si eran alemanes no eran personas que molestaran (A.M., hombre, 64 años, 9.9.1993). Más de un narrador piensa en menoscabar el sentido de su elección atribuyendo a los partisanos motivaciones no idealistas, del robo a la "resistencia a la leva" (esto es, evitar combatir por los fascistas y por los alemanes). También estas valoraciones corresponden con un difuso sentido común.

(22) Hombre, 63 años, 4.10.1993.

(23) Mujer, 86 años, 9.7.1993.

(24) Enzo Droandi, "I massacri avvenuti attorno ad Arezzo dei documenti della Wehrmacht" ponencia presentada en la Conferencia de Arezzo.

(25) Vasco Caroti sostiene (pero los sobrevivientes lo niegan) que el atentado fue realizado también porque la gente del poblado se quejaban de que los partisanos no estaban haciendo nada.

(26) Como relata un colaborador de los nazis, precisamente ese esfuerzo por representar un poblado inocuo y pacificado acentúa en los alemanes la sensación de haber sido traicionados (Costantino Civitelli, CR, 265). V.C declara "ellos no habían hecho nada"- del mismo modo que los trabajadores de Terni repetían con un enojo frustrado que ellos "no habían hecho nada" cuando uno de sus camaradas, Luigi Trastulli fue asesinado por la policía (Portelli, "The Death of Luigi Trastulli"). Terni es una gran ciudad industrial, Civitella una pequeña comunidad rural y sería absurdo esperar las mismas reacciones. Pero es irónico que aquello que es vergonzoso en un lugar se convierte en una virtud en otra parte. No puedo más que preguntarme (aunque no haya rastro de ello en las entrevistas) si acaso el resentimiento antipartisanos de Civitella no incluye también cierto malestar por no haber hecho nada contra el fascismo y los alemanes. Los únicos rastros que encuentro están en los pasajes en donde los sobrevivientes señalan que "hubiera defendido el pueblo" si solo los partisanos hubiesen ayudado (M.I.C, M.C.).

(27) Herman Melville, *Moby-Dick*, Harmondsworth, Mids., Penguin, pp. 261-62.

(28) Véase RB. 256, 258, 268, 276, 279- 281. "Si nosotros recurrimos a trazar una separación casi en terminos de especies entre 'ellos' y 'nosotros', como si el nazismo fuera un fenómeno ajeno, solo estaríamos practicando un exorcismo tranquilizador": S. Levi Della Torre, *Mosaico*, p.72.

(29) Mujer, 68 años, 7-8.7.1993. La narradora insiste en que "eran controlados" y se sentían "traicionados". Estas justificación están del todo ausentes en los testimonios de 1946.

(30) Ida Balò considera el ofrecimiento del sacrificio del sacerdote como un hecho. La historia es confirmada por el Obispo Luciano Giovanetti, quien permaneció cerca del sacerdote como monaguillo y por la sobrina del sacerdote Lina Rossi. Aunque, las secuencias temporales de

estas narrativas no coinciden. En el testimonio realizado por Bartolucci a la comisión de investigación inglesa de 1944, y en aquella escrita recientemente por su hija no se dice ni una palabra sobre el episodio (CR, 100, 323); Por otra parte, ofrecerse a cambio de su rebaño tenía sin embargo poco sentido, dado que los alemanes tenían visibles intenciones de matarlo tanto a él como a los otros. Tanto Lina Rossi y don Daniele Tiezzi testificaron que el sacerdote podría haber escapado, pero que él regresó dispuesto a morir; aunque sus versiones difieren en que según Tiezzi fue un soldado alemán quien le indicó la forma de escapar, lo cuál Rossi no confirma.

(31) Mujer. No hay datos suministrados por los entrevistadores.

(32) El padre Daniele Tiezzi dice que él “con gran dificultad” ha perdonado a los partisanos.

(33) El oficial a cargo del pelotón alemán que fue atacado en Roma por los partisanos fue exonerado por razones religiosas de participar en la represalia. Un soldado se desmayó durante las ejecuciones masivas de las 335 víctimas, “acerca de él se dijo” escribe Giorgio Bocca “que se negó a disparar por razones religiosas. Esto es falso: ningún alemán vaciló” (*Storia dell'Italia partigiana*, p. 285). Erik Priebke, uno de los oficiales que llevó a cabo la masacre, afirma que cuando la guerra terminó, el Vaticano lo ayudo a escapar de Italia: *La Repubblica*, 9 y 19. 5. 1994.

(34) Ivano Sabatini, Terni, 25.1.1976. Entrev. Por Valentino Paparelli; citado en Portelli, “The Death of Luigi Trastulli”, p. 9. En un discurso al Parlamento (2.4.1949.) el representante socialista Tito Oro Nobili afirmó que un policia estaba por dispararle desde una ventana a la multitud y que otro policia lo detuvo, véase Francesco Bogliari, *Tito Oro Nobili* (Perugia: Quaderni Regione dell'Úmbria, 1977), pp 219-28.

(35) Gennara Magini Gualdani (CR, 433-34), el alemán que ayudó a su padre a ponerse a salvo de la masacre de Corcia sugiere que “buen alemán” pagó el gesto con la vida. Otras variaciones del tema del buen alemán están presentes en la entrevista de M.C. (ella se salvó por un soldado alemán a quien su padre había pedido piedad de rodillas) y en la versión del padre Daniele Tiezzi sobre la historia del alemán que invitó a don Lazzeri a fugarse. La idea del individuo justo que, literal o figurativamente, redime toda una maldad colectiva tiene también raíces bíblicas: cfr. Genesi, 18:23-33.

(36) Primo Levi, “Lettere di tedeschi”, en *I sommersi e i salvati* (1986; rept. Turin: Einaudi, 1991), p. 139.

(37) Nuto Revelli, *Il disperso di Marburg*, Torino, Einaudi, 1994, p. 165.

(38) No hay ninguna mención sobre el “buen alemán” en los testimonios a la comisión británica de investigaciones de 1944 por Gino Bartolucci, a Bartolucci le dispararon con los otros hombres, pero solamente fue herido y sobrevivió fingiendo su muerte. Él estaba en posición de presenciar todas las ejecuciones. El testimonio de su hija tampoco hace mención a la historia (Ilva Bartolucci Saletti, *IB*, 323).

(39) Dado el carácter de conversación informal, ni siquiera pensé en poner un grabador. Me baso sobre mis apuntes realizados inmediatamente después. Además, las consideraciones que aquí siguen las he hecho el mismo día interviniendo en las discusiones, en presencia de la señora Balò y otros testimoniantes de Civitella; les he preguntado si había distorsionado su información y me ha dicho que no.

(40) En realidad, el padre Biagini data lo acontecido en 1983, esto es once y no diez años antes de la Conferencia. Pero el hecho de que Ida Balò use esa fórmula para los dos episodios sugiere que, en su memoria de autoridad, las percibe como contemporáneas, parte de un mismo proceso.

(41) Mujer, 55 años 7.7.1993.

(42) "Providencial fue la ayuda del entonces joven diputado Amintore Fanfani que puso el corazón a la situación del poblado y se realizó esfuerzos, entre otras cosas, por el acueducto y las casas populares y por la asignación rápida de pensiones a las viudas": Ida Balò (CR, 167). No sé si, en una narradora sinceramente religiosa, la palabra "providencial" debe ser tomada solo en sentido metafórico y coloquial. Por otra parte, la siguiente frase fue "Civitella lentamente *resurge*" (cursiva mía). Ver también M.C.: "Después hicieron las casas populares, casas Fanfani [...] entonces había mandado [...] habrá sido en el '48 [...] cuando se realizó la fiesta del agua de Fanfani". A.M. recuerda que Fanfani fue "el único que estuvo allí [en Civitella], realizó todas las contribuciones para el mausoleo tramitado por la asociación, él es de Arezzo". También en este caso, los narradores de Civitella prefieren presentarse como históricamente pasivos: las casas de Fanfani y el agua de Fanfani no son ni un derecho suyo ni el resultado de una acción suya, sino el éxtio de la intermediación de un poderoso.

(43) Maurice Halbwachs, *La memoria collettiva*, editor por Paolo Jedlowski, Milano, Unicopli, 1987. Sobre el olvido como trabajo de la memoria, cfr. Jurij M. Lotman y Boris A. Uspenskij, "Sul meccanismo semiotico della cultura," in id., *Tipologia della cultura*, Milano, Bompiani, 1973, p. 46-47, trad. it. de Remo Faccani.

(44) Agregamos que, como mostraron Cappelletto y Calamandrei, la memoria del poblado está también estratificada por generaciones, y diferenciada de las diversas historias de la emigración de individuos y familias.

(45) Enseñé en el campus de Arezzo de la Universidad de Siena desde 1975 hasta 1981.

(46) Véase el pasaje de la entrevista de Succelli citada en la introducción del libro *The Battle of Valle Giulia. Oral History and the Art of Dialogue*. Madison, University of Wisconsin Press, 1997

(47) Contini, "La memoria divisa".

(48) *La Repubblica*, 4.6.1996, p 17; *Il Messaggero*, 5.6.1996, pp. 1,9; *La Repubblica*, 8.6.1996, p.3.

(49) En enero 1996, una placa conmemorativa sobre las "víctimas" alemanas fue colocada en Via Rasella por neo-nazis anónimos (donde la acción de los partisanos fue llevada a cabo).

Después fue removida por las autoridades. La lucha por la memoria continúa. En julio de 1966 la corte militar encontró culpable a Priebke, pero le otorgó circunstancias atenuantes y ordenó que se lo liberase de cualquier estatuto de limitaciones.

* **Aclaración de las traductoras:** en este trabajo hemos conjugado dos versiones ligeramente diferentes del mismo artículo y para ello contamos con la aprobación de su autor. Nos referimos a la publicación en italiano: "Lutto, senso comune, mito e politica nella memoria della strage di Civitella," en Leonardo Paggi (edit) *Storia e memoria di un massacro ordinario* (Roma: Manifestolibri, 1996), p. 85-110, y a la publicación en inglés "The Massacre at Civitella Val Di Chiana (Tuscany, June 29, 1944): Myth and Politics, Mourning and Common Sense", en *The Battle of Valle Giulia. Oral History and the Art of Dialogue*, Madison. University of Wisconsin Press, 1997, 140-60.

** **Virginia Sampietro.** Prof. en Sociología. Maestranda en Historia y Memoria (FAHCE – UNLP).

*** **Lucía Abbattista.** Prof. En Historia. Doctoranda en Historia (FAHCE-UNLP). Becaria del CONICET. Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP - CONICET).
